

# DOCENCIA Y PSICOANÁLISIS\*

J. L. González de Rivera

Para mí el día de hoy, este momento, es emocionante y es un gran honor y una gran satisfacción poder estar aquí con ustedes en una ocasión en la que se rinde homenaje a una persona, a un Psicoanalista, a un maestro que ha sido determinante en la formación y en la evolución personal de muchas personas que han trabajado directamente con él, que han tenido la fortuna de conocerle en sus cursos, en su trabajo psicoanalítico, en su trabajo profesional como docente, como profesor. pero lo que es más, diría yo, extraordinario que también ha tenido una influencia importante en personas que no han sido directamente sus discípulos, como, por ejemplo, yo mismo. Personas que hemos tenido la suerte de coincidir con él y compartir tareas que parecen muy lejanas a lo que inicialmente nos ha llamado a esta profesión; esta profesión nuestra que es la de comprender, compartir, ayudar, avanzar, desarrollar, en definitiva eso es el psicoanálisis y eso es la psicoterapia. Es una forma especial de no intervenir sino de coadyuvar el desarrollo personal de los pacientes que se someten a la técnica, pero también el desarrollo personal de los estudiosos que quieren aprender la técnica.

No se puede ser Psicoanalista simplemente estudiando; ser psicoanalista requiere un desarrollo personal, requiere una capacidad personal de autocomprensión. Mal podremos comprender a otra persona si no nos comprendemos a nosotros mismos. Y las personas que tienen ese don de comprensión, este don de trabajo, esfuerzo, sacrificio -gozoso diría yo-, por el progreso de los demás, irradian algo que se comunica, que se contagia, que se comparte, incluso en tareas tan ajenas a nuestra misión y a nuestra vocación, como puede ser la organización, les aseguro tremendamente de-

sagradables de reglamentos, organigramas, proyectos, legislaciones, etc. Tarea que hemos compartido Pedro y yo en las Juntas Directivas de la Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas, donde hemos pasado muchas horas en que a pesar de que el contenido de las conversaciones tenía que ver con cómo decidir ¿qué es la psicoterapia? –imagínense ustedes que tarea tan incómoda, veinte personas de distintas orientaciones, de distintas personalidades y de distintos pensamientos intentando ponerse de acuerdo sobre ¿qué es psicoterapia?- cosa que hemos conseguido, incluso hemos publicado en la FEAP alguna decisión sobre el tema.

Bueno, pero me he dado cuenta que en el trasfondo de todo esto había otra cola distinta que no era el contenido, que era algo así que podríamos llamar el espíritu, la esencia, el proceso. Yo tengo que decir que, como amigo personal, colega de Pedro y colaborador en este tipo de tareas, he podido detectar y he podido darme cuenta de que hay un proceso básico, hay una esencia, hay un espíritu, hay algo que se transmite, hay algo que se comparte y hay algo que influye en las personas. Ustedes lo saben mejor que yo porque le conocen más y han tenido la oportunidad de convivir con él y de escuchar y de estudiar sus doctrinas, sus teorías y sobre todo sus magníficas clasificaciones, compilaciones y adaptaciones de la obra de Freud.

Pero quiero que sepan que sin necesidad de entrar en los detalles de los contenidos, simplemente compartir la presencia y estilo, la intención, es suficiente para detectar algo de lo que hablaré en seguida, porque considero que forma parte de lo que es la docencia, la enseñanza y la práctica de la psicoterapia en general y del psicoanálisis en concreto.

\* La transcripción de la conferencia ha sido realizada por el prof. Francisco Javier de Santiago

La docencia y las universidades existen porque aprender es una necesidad innata en el ser humano, es un proceso natural, necesario e inevitable. No podemos zafarnos, escaparnos del aprendizaje. Aprendemos continuamente por la experiencia personal y por el estudio; francamente les diré de antemano que creo que el aprendizaje por el estudio es la forma menor de aprendizaje. Parece ser, desde niños, que estudiar es muy importante; ciertamente que lo es, pero es una forma menor. La experiencia personal, lo que uno vive y descubre a partir del propio ejercicio de su ser, creo que es una forma de conocimiento algo superior. Lo que uno aprende y descubre a través del ejemplo, a través de la identificación con personas más avanzadas y más desarrolladas, creo que es también una forma superior de aprendizaje.

Aprender tiene una contrapartida que es enseñar; si aprender es natural, necesario e inevitable, es algo que a todos los seres humanos afecta; enseñar no es necesario, nadie tiene por qué enseñar excepto que quiera hacerlo, excepto que sienta o se cree a sí mismo esa necesidad. Eso es lo que se llama vocación, vocación es sentirse llamado a algo, obligado a algo. Puede ser necesario para algunas personas pero solamente porque lo llevan en su decisión, en su visión del mundo, en su vocación.

Ciertamente enseñar es evitable, no quiero ser malo, pero es posible encontrar docentes en muchas partes que cuidadosamente evitan la función de enseñar; lo mismo que es posible encontrar alumnos y es posible encontrar personas que cuidadosamente eviten la función de aprender. Lo podríamos describir, si quisiéramos ser traviosos en el asunto, como la «ignorancia activa». Cuando algo está muy claro y hay alguna persona que no lo puede comprender, porque hay un «mecanismo de ignorancia activa», de negación, de rechazo de la verdad, de la evidencia; los psicoanalistas lo conocemos muy bien, lo llamamos «resistencia», decimos que a veces hay verdades obvias acerca de uno mismo que no se pueden aceptar, que no se pueden comprender, que no se pueden percibir. Bueno, el estudio de las dificultades del

aprendizaje ha sido una de las tareas básicas de la segunda parte de la obra de Freud, cuando él desarrolla todo el aspecto de las resistencias, de las defensas, de la transferencia -no como revivencia de una experiencia intensa emocional infantil sino el segundo aspecto de la transferencia- como resistencia al trabajo real sobre lo que está ocurriendo dentro del aparato psíquico, dentro de la vida.

Por eso, yo hago la relación entre psicoanálisis y docencia en varios niveles y uno de los niveles el nivel más obvio es el de la docencia del psicoanálisis. ¿El Psicoanálisis se puede enseñar.? de hecho creo que el psicoanálisis se enseña en esta Facultad de psicología y eso es la obra de Pedro Fernández-Villamarzo -catedrático de Psicología Profunda- y es un logro, es un logro inmenso que el mismo Freud no se creería. El que el psicoanálisis entrara en la Universidad y entrara de forma tan grandiosa, digamos tan noble, llamativa y tan poderosa como es a través de una cátedra, eso es una docencia oficial. Pero la docencia del psicoanálisis tiene un aspecto que es más privado, más oficioso y más interno. El psicoanálisis es en sí mismo fundamentalmente pura docencia, es puro aprendizaje; piensen que el descubrimiento de uno mismo, de cómo funciona la mente, los sentimientos, las relaciones interpersonales, las huellas que las relaciones tempranas dejan y que se transmiten, y que colorean todas las relaciones posteriores, etc., ese es el descubrimiento más profundo e importante que un ser humano puede hacer. Y es imposible o muy difícil ese descubrimiento si no hay alguien que enseña a conocerse, no enseña necesariamente el contenido de lo que uno lleva dentro, sino que enseña sobre todo el procedimiento mediante el cual se puede llegar a conocer, descubrir y comprender lo que uno es por dentro.

El psicoanálisis fue hegemónico de este procedimiento durante muchos años. Desde su creación por Freud y durante los años posteriores era lo único que había. Era la psicoterapia por antonomasia, pero el tiempo y la ciencia han ido avanzando y han ido apareciendo nuevas formas de entender la mente humana y su funcionamiento.

to, nuevos métodos y nuevos sistemas de psicoterapia que se han ido integrando.

Hay una observación curiosa que siempre me ha llamado la atención, y es que en otras ciencias, por ejemplo en la medicina y más específicamente en la cardiología, todos sabemos que Harvey fue un cardiólogo importante y también lo fue el español Servet, pero hoy en día los cardiólogos todos hablan el mismo lenguaje y todos saben más o menos las mismas cosas. No hay una cardiología de Servet ni una cardiología de Harvey. No hay escuelas, hay escuelas pero piensan lo mismo y hablan de lo mismo. Y sorprendentemente durante mucho tiempo, incluso hoy, hay escuelas de psicoterapia, a veces enemigas y a veces enfrentadas. Bueno, es un fenómeno curioso porque parece que durante mucho tiempo la psicoterapia fue creciendo y se fue desarrollando de una manera unitaria. Unitaria quiere decir que cuando hay un modelo de psicoterapia solamente puede haber otro. Es decir, un modelo ha de mantenerse puro, como una religión si quieren o como una filosofía, y hacer otro modelo implica casi hacer otra religión, otra filosofía.

Hay otro enfoque y hay otra medida que se va abriendo camino paulatinamente y es la «aposición integradora progresiva». Digamos que cada nuevo descubrimiento, cada nuevo enfoque, cada nuevo cambio se integra, se acumula y se añade al conocimiento que ya existe. Éste es posiblemente el futuro de la psicoterapia.

Pero hay otras cosas que querría decirles. Para ser psicoterapeuta hacen falta varias cosas: para adquirir esa profesión e identidad es imprescindible un proceso larguísimo, que probablemente empieza en la primera infancia y que continúa a lo largo de toda la vida, y es un proceso en el que existen, por lo menos, tres factores o tres componentes esenciales:

El primero de todos, y esto lo he aprendido, entre otras fuentes, de Pedro Fernández-Villamarzo, de mi propia experiencia, de compartir horas con él en distintos contextos, en una contextura amable y positiva como fueron nuestros trabajos sobre la aplicación de la Escala de Funcio-

nes del Yo de Bellak a sus pacientes de la clínica de Los Molinos y en otros contextos también amables, pero que potencialmente eran más dóciles, como la organización y las decisiones acerca de ¿cómo debe ser la formación de psicoterapeutas? ¿cómo deben unirse las distintas corrientes de psicoterapia?...

La primera condición para ser psicoterapeuta es lo que podríamos llamar «ser una buena persona», una bondad natural, por eso dije que se empieza en la primera infancia; la bondad natural, ser una buena persona, es una cualidad que parece tonta pero es fundamental, significa formar parte del universo tal como es. El universo es bueno, la vida está hecha de tal forma que el progreso, la coherencia, la organización progresiva, el desarrollo de todo lo que potencialmente hay de positivo, de creativo, de bueno en cada elemento que existe es natural. La naturaleza es esencialmente bondadosa y los seres humanos deben integrarse en esa naturaleza con un enfoque fundamentalmente bondadoso. Ahora bien, el primer enemigo de la bondad y el primer enemigo de la naturaleza son la confusión y el engaño. Por la mentira entró el diablo al mundo. En la neurosis es la mentira lo que fundamentalmente está causando el mal. Un analista busca la verdad. Una persona que quiere estar sana, que quiere funcionar a tope de sus capacidades, lo que está buscando es la verdad sobre sí mismo. Algunas veces, me he encontrado con un paciente que dice clara o implícitamente: «tengo miedo a conocerme, no sé lo que puede salir», algo así como si dijera «prefiero vivir engañado, prefiero vivir en la mentira porque por lo menos no me entero de cosas que tal vez me puedan dar miedo».

Ser buena persona quiere decir aceptar la verdad. No tener absolutamente ningún miedo ni ningún temor a darnos cuenta de cómo somos, de cómo sentimos, de cómo es nuestro corazón, para qué estamos hechos, qué es lo que tenemos que realizar en nuestra vida, qué es lo que tenemos que hacer en el mundo, cuál es nuestra tarea.

Todos los que conocéis a Pedro os habéis dado cuenta de que tiene una resolu-

ción absoluta para realizar su tarea, no he conocido una persona tan convencida de hacer lo que tiene que hacer.

Pero no es suficiente ser buena persona. Theilard de Chardin estoy seguro de que era una buena persona, mucha gente es buena pero no hasta con eso. Theilard de Chardin es el creador de un concepto por el que le estoy tremendamente agradecido, el concepto de «noosfera», como el lugar de la tierra, comparándola con la atmósfera que es el aire que rodea la tierra, es el pensamiento que rodea la tierra, donde las gentes que piensan están juntos, es el lugar de la creatividad, es el lugar del conocimiento.

Pero la segunda condición del psicoterapeuta es ésta: que a uno le guste la gente real, los seres humanos vivos y de carne y hueso. Tiene que tomar un interés personal por los demás seres humanos. No basta con ser buena persona, hay que estar íntimamente unido e interesado por los seres humanos.

Yo recuerdo en una ocasión, hace ya algunos años, en uno de mis viajes a Londres, me encontraba cerca de Oxford Circus en un momento en que aquello estaba lleno de gente, en una aglomeración; a mí se me ocurrió en aquel lugar rodeado de individuos con turbantes, sajones rubios y pálidos, negros oscuros totales, jamaicanos con rizos marchosamente moviéndose al ritmo de su música interna; de repente tuve conciencia de que todos éramos seres humanos, que había algo esencialmente común entre toda esa diversidad de gentes. Mirándoles a los ojos había ojos de ilusión, de anhelo, de tristeza, de desesperación; esos son los ojos humanos, esos son los sentimientos, son los conflictos. El ser humano es tremendamente complejo, contradictorio y complicado.

Mc Lean, un neurofisiólogo que continuó los trabajos de Papez sobre el sistema límbico, decía que en el ser humano viven tres seres distintos: un ángel, una rata y un \*cocodrilo. Y los tres viven juntos, están en el cerebro. El cerebro humano tiene un neocórtex, una zona tremendamente evolucionada de la que solamente hay algo parecido en los monos; hay un córtex paleo ma-

mífero muy parecido al de las ratas y hay finalmente un cerebro reptiliano; hay unas neuronas que solamente existen para vivir y matar a quien se oponga a la propia vida, que son iguales que las de los cocodrilos. Y esa es la esencia del ser humano y ese es su consustancial conflicto. Podemos ser los seres más nobles de la creación o podemos ser los más crueles y los más malvados. Tenemos opciones, conflictos, anhelos, ideales, etc. Cuando un animal normal no tiene nada que hacer se duerme. Cuando un ser humano no tiene nada que hacer se vuelve loco, se pone nerviosísimo, empieza a inventarse los quehaceres más diversos. Nosotros estamos contruidos para progresar más allá, para avanzar, para anhelar, para perseguir un ideal, una meta; y todo eso, con unos componentes tan dispares como un cocodrilo, una rata y un ángel. La gran tarea del ser humano, primero, es conseguir la unificación interna, el acuerdo interno, conseguir que todos esos elementos tan contradictorios lleguen a poner-se de acuerdo, llegar a querer-se a uno mismo en todos los aspectos que uno bene. ¡Qué tarea tan difícil -aceptarse y cooperar en una misión trascendente! Trascendente porque trasciende los límites del propio ser, trascendente porque debe afectar a los demás, es algo que debe transmitirse a los demás. Este amor a la gente no es una aceptación de las personas como son, es algo que yo he llamado -describiendo las condiciones naturales que debe reunir un psicoterapeuta- «aceptación dinámica», que quiere decir aceptar a los demás como son pero también aceptar a los demás como pueden ser. En caló ser humano hay una semilla de algo mejor de lo que es, hay una potencialidad: esa es la tarea del psicoterapeuta, aceptar sin discusión, como una madre que acepta a su hijo nada más que porque sí y nada más que porque existe. La tarea es llevarle de cómo es hacia lo que puede ser y esa tarea no se estudia, es una tarea que se vive, que se conoce. Es una tarea que si ustedes hubieran visto como yo a Pedro discutiendo temas más o menos espinosos sobre organizaciones de psicoterapeutas se habrían dado cuenta de que existe ese detalle.'

Las cosas son como son pero no tienen por qué ser así, pueden mejorar y progresar; esa es la segunda misión, la segunda característica del psicoterapeuta: el que te guste la gente como es, pero sobre todo que te guste la gente como puede llegar a ser.

La tercera característica del psicoterapeuta es que debe saber algo, hace falta un cierto conocimiento. Fíjense que muchas veces se empieza por el final, muchas veces se piensa que el psicoanálisis o la psicoterapia son cosas que uno debe estudiar. El saber, el tener conocimiento solamente es útil para aquellos que han cumplido, para aquellos que se sienten a gusto con las dos primeras características.

El análisis personal o el tratamiento personal es importante. No concibo cómo alguien puede dedicarse a la psicoterapia, de la orientación que sea, sin haber seguido algún procedimiento de autoconocimiento. Pues, primero, porque puede mejorar su capacidad de bondad natural; segundo, porque puede mejorar o eliminar los bloqueos que le impidan verdaderamente compartir la existencia con los demás seres humanos, y tercero, sobre todo, porque aprende. En el análisis didáctico uno aprende de sí mismo, de su interior, de su conocimiento.

Hace algún tiempo, comentando uno de los últimos libros de Pedro Fernández-Villamarzo, me admiré de la labor sistematizadora, clarificadora, organizadora de Pedro sobre la obra de Freud, y yo decía en aquel momento que Freud había sido un descubridor. Freud era como Cristóbal Colón: había descubierto el inconsciente y, como Cristóbal Colón, lo descubrió a través de viajes más o menos azarosos y con errores. No cabe duda de que fue un gran descubrimiento. Pero hacía falta gente igual que Américo Vesputio para hacer la cartografía de América y clarificar, planificar y poner de manera accesible a los viajeros normales en que consistía o cómo estaba hecho ese nuevo país, ese nuevo continente. Pedro Fernández-Villamarzo ha contribuido a algo tan importante como una cartografía una clarificación, un acceso a la complicada teoría psicoanalítica.

Freud como buen creador, como buen descubridor no tenía absolutamente ningún respeto a la autoridad establecida, incluso a su propia autoridad. Uno de los psicoanalistas que más libremente contradecía las teorías de Freud fue el propio Freud. No tenía ningún reparo en llevarse la contraria cuando le parecía ver las cosas de otra forma. Y eso había que clarificarlo, eso había que sistematizarlo, eso había que hacerlo accesible. Eso es lo que ha hecho Pedro, una obra realmente valiosísima para acceder a Freud en cualquier tarea o para cualquier nueva comprensión del psicoanálisis freudiano.

Pero decía en aquella ocasión, y quiero repetir ahora, que también el psicoanálisis no es sólo un conocimiento escrito o conocimiento teórico. El psicoanálisis es una forma de ver un nuevo mundo, el mundo del inconsciente. Éste es un mundo interno que todos llevamos dentro y que para descubrirlo tenemos que saber verlo, necesitamos un instrumento, como el astrónomo necesita su telescopio para ver las estrellas. Pero con una peculiaridad, que consiste en que nuestro instrumento de vernos por dentro, de conocernos a nosotros mismos, y percibir nuestro inconsciente es un instrumento borroso, es un instrumento engañoso, está sometido a muchísimas posibilidades de error y de engaño. Nuestra percepción interna está al servicio de muchos intereses, egoísmos personales, narcisismos personales, intereses muy razonables de evitarse angustias y molestias; y por ello la percepción interna está constantemente empañada. De ahí que el análisis personal sea tan importante, porque permite conocer nuestra tendencia a las deformaciones. Y por eso un analista tiene que saber muy bien en que sentido yerra, que tendencia tiende a equivocarse, porque no es un instrumento puro, es un instrumento que tiene sus deformaciones y que esas deficiencias, una vez conocidas, pueden mejorarse pero sobre todo evitarnos el delirio.

Sobre todo hay que saber mirarse por dentro, hay que saber conocerse. Hay dos procesos y hay dos formas de conocerse. Una forma es el análisis de los contenidos. El conocimiento de los contenidos, lo que

siempre pensamos, el saber lo que uno tiene dentro. Pero al mismo tiempo hay otra forma de conocerse: es el estudio de los procesos. Cómo funciona la mente no es exactamente que es lo que hay en la mente, no son los recuerdos que uno tiene; es otra cosa distinta, es el procedimiento por el cual los pensamientos y los sentimientos se encadenan unos con otros.

Podríamos describir dos formas de pensar, dos líneas de pensamiento: una, que es el pensamiento habitual al que estamos acostumbrados, el pensamiento que persigue un fin, busca una comunicación, intenta convencer, intenta compartir, pero que está al servicio de algo que uno está creando o desarrollando. Lo llamaré «pensamiento tipo II», y digo tipo II porque hay otro pensamiento antes que no conocemos y que no utilizamos, del cual no somos conscientes: el «pensamiento tipo I». Es un pensamiento que no busca ningún fin, simplemente el fin de la descarga, el fin de poner en marcha, poner en palabras, poner en imágenes lo que uno lleva dentro, ni busca comunicar, ni enseñar, tampoco busca crecer, busca simplemente expresar algo que lleva dentro. Y es el pensamiento tipo I el que se toca en el psicoanálisis. Es el que se pone en marcha en los procesos psicoterapéuticos profundos, es la búsqueda de lo que hay en el inconsciente. La búsqueda de lo que necesita expresión, aquello que dentro de un sujeto necesita manifestarse independientemente del efecto que cause o de lo que signifique, independientemente de que sea el lenguaje del ángel o el lenguaje del cocodrilo. Les aseguro que el cocodrilo humano puede decir y pensar cosas realmente espeluznantes, pero si está ahí, es eso lo que tiene que salir. Es eso lo que debe facilitarse y una tarea de enseñar el psicoanálisis es la tarea de enseñar a cómo acceder a ese modo de pensar, al modo I, cómo liberarse de la interferencia, liberarse de la intervención consciente que continuamente intenta modificar, empañar y transformar lo que verdaderamente ha quedado grabado. Los restos de la experiencia y de las reacciones a la experiencia acumuladas a lo largo de la vida; y enseñar la técnica de funcionamiento del pensamiento tipo I, ense-

ñar cómo uno se puede mantener en marcha sin interferir el proceso directo, el proceso de expresión. Eso es algo imposible de hacer individualmente, solitariamente. Eso necesita de otra persona, de un maestro, de un guía, de un terapeuta, de un analista, pero alguien que es enormemente tolerante en cuanto a los contenidos, que puede escuchar el lenguaje del cocodrilo sin estremecerse, y sin enfadarse, y sin empañar su afecto básico por la persona que está siguiendo ese proceso, que está siguiendo ese tratamiento y, al mismo tiempo, que tiene una capacidad didáctica incommovible de que hay que atenerse al pensamiento tipo I.

Hay que atenerse a la técnica. El contenido es libre y aceptable pero el proceso tiene que ser como tiene que ser, porque de otra manera estamos cayendo en la infracción de lo que Freud llamó el «principio de abstinencia». El principio de abstinencia es lo que yo llamo el «principio de no interferencia» es decir, no entrometerse en los procesos mentales primarios del sujeto. Hay que dejarlos seguir su curso, hay que enseñar al paciente a no interferirse a sí mismo, a aceptar lo que está saliendo de dentro por una razón muy simple: porque si no no se aspiraría a la verdad, a la bondad, a la comunicación, a la buena relación y al amor con sus colegas y compañeros humanos. Todo eso solamente es posible cuando uno empieza a conseguir el amor, la comunicación, la comprensión con todo lo que lleva dentro, con todos esos aspectos imposibles, inaccesibles, inalcanzables de la propia experiencia, de la propia vida, del propio pensar. Eso es, digamos el tema del aprendizaje, ese es el tema interno que se debe aprender. Pedro ha enseñado eso. Pedro ha enseñado el contenido de la obra de Freud. Pedro ha enseñado a muchos de ustedes y a mucha gente la forma de conocerse, el proceso del autoconocimiento. Yo creo que por eso tenemos que estarle agradecidos, pero hay otras cosas que Pedro ha enseñado, podría yo decir que sin querer, podría yo decir que sin darse cuenta, sin saberlo. Pedro ha enseñado a toda la gente que le ha conocido y que ha estado cerca de él los otros dos aspectos básicos

del psicoterapeuta. Ha enseñado lo que es el afecto por la gente, el interés sincero, genuino por el progreso y el bien ajeno, sin darse cuenta, igual que las nubes riegan, sin saber el bien qué están haciendo a los sembrados de forma natural. Muchos discípulos de Pedro podrían asegurar y decir esto mucho más convencidos, mucho mejor y

con más seguridad que yo. Pero creo que es útil que alguien que no ha estado tan próximo a Pedro lo pueda decir para que sepáis que estos dones llegan lejos, se conocen, se comunican.

Y nada más. Gracias, Pedro Fernández-Villamarzo, por ser tú, y he dicho.